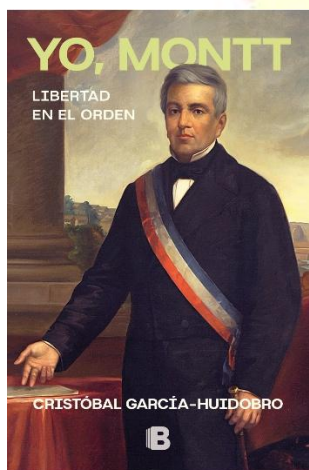




Compendio de Lecturas Recomendadas

Yo, Montt. Libertad en el orden



Fuente: Cristóbal García-Huidobro Becerra. Penguin Random House, Grupo Editorial. Septiembre de 2025.

Resumen: En sus 14 capítulos, el libro recorre la vida del primer presidente civil de la historia de Chile, Manuel Montt.

Este estudio comienza con su primer ascendiente en el continente, José Montt y Rivera, comerciante en Lima y, al poco andar, en Santiago, sin gran fortuna, lo que fue muy distinto para su hijo José Esteban, quien compró un fundo en Casablanca, el Tapihue.

Uno de los hijos de José Esteban, Lucas, se estableció en Petorca, tierras que

fueron testigo de los primeros años de vida de Manuel.

En 1774, Lucas construye su casa cerca de la Plaza de Armas de Petorca, y trabajó duro por largos años, dedicado a la minería, antes de contraer matrimonio a una avanzada edad y, fruto de su unión con Mercedes Torres Prado, nace, en 1809, Manuel Montt.

La vida familiar del pequeño Manuel transcurría con las comodidades que podía proporcionar la ruralidad de la época, y estaba rodeado de los afectos familiares, lo que se vio afectado por el compromiso de su padre por la causa independentista.

En 1821 fallece Lucas Montt. Doña Mercedes se hizo cargo de las minas y los trapiches y, al poco tiempo, Manuel se radica en Santiago para continuar su formación en el Instituto Nacional. “El flamante estudiante tomó al pie de la letra el consejo de su padrino, y durante todos sus años en el Instituto incurrió en poquísimas faltas, ninguna tan grave como para que ameritara algún castigo fuerte (p. 45).



Su trayectoria en el Instituto fue más allá de su formación inicial, desempeñando diversos roles, incluso fue su rector.

A los 22 años se tituló de abogado, y continuó sus labores en el Instituto, época en la cual ingresó un estudiante que acompañaría durante toda su vida política a Montt: Antonio Varas.

A los 27 años, Montt tuvo que compatibilizar sus labores como rector del Instituto Nacional con las responsabilidades de oficial mayor interino del Ministerio del Interior.

Al designar a Montt como su oficial mayor, Portales reconocía los méritos de un hombre capaz, pero sin alcurnia, de paso aprovechaba de jugarles una nueva chanza y de escupirles nuevamente en la cara a las empingorotadas cabezas de familia de Santiago. Que consideraban la política nacional como su coto de caza privado (p. 65).

En el año 1838, Antonio Varas fue nombrado vicerrector del Instituto, apoyo para el rector, quien se despeñaba como ministro de la Corte Suprema.

El 30 de mayo de 1839, Manuel Montt contrajo matrimonio con Rosario Montt, una feliz relación que solamente tuvo una crisis el año 1842, sin que se tenga claridad respecto de los motivos, pero el mismo libro nos entrega algunas pistas:

Esforzado y dinámico ministro de Estado, diputado de la República e integrante de la Corte Suprema; padre de tres hijos y esposo de una mujer con carácter (...) entre septiembre de 1841 y junio de 1842, Manuel Montt no solo fungía como ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, sino también como Ministro de Guerra en calidad de subrogante.

En el año 1845, el Vicepresidente Ramón Luis Irarrázaval, lo nombra ministro del Interior subrogante, cargo que le permitió defender la presidencia de un convaleciente Bulnes, lealtad que fue recompensada con el cargo en propiedad en desmedro de Irarrázaval, asumiendo Justicia Manuel Varas.

Tiempos de mucha agitación fueron los años venideros y, en primer término, el año 1846, año de elecciones, cuyo mes de marzo no solo contó con elecciones parlamentarias (ampliamente ganadas por el Gobierno), sino que con dos motines opositores (uno en Valparaíso y el otro en Santiago). En junio del mismo año, el resultado de las elecciones fue abrumador en favor de la reelección del presidente Bulnes.

El periodo siguiente o, más bien, el decenio posterior, estaría bajo el mando del hombre-ley, Manuel Montt, camino que iniciaría en medio de gran agitación.

Respecto de la candidatura de Montt, el presidente Bulnes decía que se inclinaba



por esa candidatura porque “obrar de otro modo habría de crearnos dificultades que no tenemos, dividirnos y desquiciar el orden que tantos sacrificios nos ha costado consolidar” (Carta de Manuel Bulnes a Vicente del Solar, 16 de marzo de 1851, citada por García Huidobro, p. 164).

El Gobierno de Bulnes tendría un momento de alta tensión durante la refriega del 20 de abril de 1851, la añadiría al saldo de muertos durante su desarrollo, 30 condenados a muerte por la justicia.

Con la derrota a cuestas, la oposición designó como candidato presidencial al general José María de la Cruz, un pelucón hasta la médula, cuyo único punto en común con sus promotores era su desprecio hacia Manuel Montt.

La maquinaria antigubernamental no aceptó la derrota, que se concretó en una revolución que comenzó en La Serena y Concepción y, al poco tiempo, se sumó una asonada en Valparaíso.

Por su parte, en Punta Arenas fue semidestruida, a fines del mismo año, por el teniente de artillería Miguel José Cambiazo y unos sargentos revolucionarios.

Las hostilidades de la guerra finalizaron en enero de 1851, cuando el teniente coronel Victorino Garrido toma Copiapó.

Aplacada la rebelión, el Presidente combinó pragmatismo y rigor, y buscó erradicar todo atisbo de cesarismo y caudillaje. Fue bastante exitoso en su cometido, no solamente porque no enfrentó un escenario similar sino que hasta 1859, además porque “muchos de aquellos que en la batalla de Loncomilla habían luchado con mayor ferocidad en favor de la causa de José María de la Cruz, ocho años después ponían sus espadas al servicio del orden legal” (p. 215).

Afrontada la paz social, el Gobierno se abocaría a modernizar el país y sus instituciones. Destacó el esfuerzo en materia ferroviaria, así como el impulso al cabotaje, comercio marítimo que fue acompañado por obras de infraestructura. “La construcción de caminos que conectasen las ciudades del interior con los puertos de la costa, la canalización de algunos ríos y la creación de servicios de transporte fluvial en los cursos del Maule y del Biobío” (p. 220).

También se pone de relieve el impulso que dio a la colonización del sur de Chile, al punto que Vicente Pérez Rosales puso su apellido a la ciudad que fundó el 12 de febrero de 1853: Puerto Montt, lo que no agradó al modesto presidente.

Las obras y desarrollo se reflejaron en buenas cifras económicas. “En apenas cinco años, los ingresos del erario nacional pasaron de 4.581.000 en 1851 a



6.510.000 en 1856” (p. 227). Realismo, equilibrio entre acción de los privados y el aporte del Estado, y una mirada a mediano y largo plazo, “apuntando no solo al desarrollo económico sino a la potenciación del elemento humano como principal riqueza para el avance del país” (p. 228), fueron los tres pilares en que Sarmiento afirmaba se sustentaba el Gobierno de Montt.

La Caja de Créditos Hipotecarios (precursora del Banco del Estado) y Correos de Chile, son fruto de la gestión del primer quinquenio de Montt.

En materia legislativa destacan su labor en la última etapa del desarrollo y promulgación del Código Civil, así como el apoyo a la redacción del Código de Comercio, que se encargó al jurista argentino José Gabriel Ocampo. También se abolieron los mayorazgos, mediante ley de 14 de julio de 1852.

Otra reforma importante fue a la administración del Estado, mediante la ley sobre la planta de los funcionarios de los ministerios, de 29 de julio de 1853 y, por su parte, el 8 de noviembre de 1854 entró en vigor la ley Orgánica de Municipalidades.

Avances sustantivos también se produjeron en educación. Durante los dos quinquenios de Montt, casi se duplicó la cantidad de estudiantes en educación primaria, pasando de 14.415 en

establecimientos fiscales y municipales, a “un total de 28.128 alumnos en 1860” (p. 237). “Para el censo de 1865, la alfabetización de los hombres había pasado de un 14,54 a un 20,29 por ciento, mientras que, entre las mujeres, subió de un 9,12 a un 13,14 por ciento (p. 242).

Bibliotecas, museos, estudios en diversas disciplinas, y el desarrollo artístico fueron parte de esta vorágine creadora.

En materia vecinal, con Argentina se inició una etapa de cooperación y estabilidad, la que se materializó en el tratado de 1856. Ese mismo año, se celebró el Tratado de Amistad y Comercio con Perú y Ecuador.

Durante el primer quinquenio, también se fortalecieron las relaciones con potencias europeas.

En el año 1856, se desarrolla la llamada “cuestión del sacristán” que, entre otros efectos, separa al monttvarismo del conservadurismo al punto que nace un nuevo partido: el Nacional (cuya diferencia principal, respecto de los conservadores, era su carácter laico).

En medio de graves tensiones que se reflejaron en un cambio de gabinete, en el año 1858, nace la fusión Liberal-Conservadora. A fines del mismo, se inicia una revolución que, en palabras de Montt, pelucones y socialistas pretenden invertir en su propio provecho. “Por segunda vez, en menos de 8 años, la



guerra civil se cernía sobre Chile” (pp. 305 y 306).

En el año 1860 se dictó la primera ley de bancos y, a fines del mismo, la Ley de Instrucción Primaria.

La definición del candidato oficialista en las próximas elecciones presidenciales no fue sencilla. Los apoyos eran mayoritarios hacia Antonio Varas, pero el ministro del Interior fue claro en su declinación a la propuesta. Finalmente, y no sin reticencias, el escogido fue José Joaquín Pérez.

Ya a mediados de 1861, Montt, volvía a su puesto como presidente del máximo tribunal del país, labor que conciliaba con su cargo de miembro del Consejo de Estado. Lo había nombrado José Joaquín Pérez al poco de asumir (p. 359).

Por este periodo había una fuerte intervención europea en el continente, como fue el caso de España que, de la mano de su moderna construcción naval, notificada a las noveles repúblicas americanas que había retornado con todo su poder.

El 14 de febrero de 1864, la flota española tomó las islas Chinchas.

El presidente peruano convocó a un congreso de naciones americanas, dentro de las cuales Chile respondió positivamente, y el designado por el

presidente Pérez para representar al país en la cita, fue Manuel Montt.

Con Montt fuera de Santiago, se orquestó una purga en la Corte Suprema.

“Sintiéndose burlado por su propio Gobierno, y herido en su amor propio ante la falta de previsión de su parte, Montt tomó su representación en Lima como un asunto personal” (p. 372).

Manuel Montt ejerció un liderazgo en el Congreso, el que se desarrolló en un clima de agitación interno que terminó con un cambio de Gobierno en Perú, el que desconoció el acuerdo obtenido bajo presión española.

A mediados de febrero de 1865 Montt vuelve al país. “El gobierno chileno, quizás imbuido del espíritu de la hermandad americana, elogió la conducta peruana y ofreció un total apoyo en la medida que lo necesitase” (p. 375). Actitud a la que la escuadra española respondió con un bloqueo a las costas nacionales.

La debilidad de la flota nacional era evidente pero había algo muy positivo: unidad nacional. Adicionalmente, el Gobierno peruano había ofrecido apoyo marítimo.

La Esmeralda, en una acción temeraria en las costas de Papudo capturó a la Virgen de la Covadonga, aumentando la



capacidad de fuego de la Armada chilena (p. 380).

A pesar de los intentos de mediación diplomáticos por el bloqueo, y la amenaza de bombardeo de Valparaíso después, esta última se concretó el 31 de marzo de 1866.

Ambos países firmaron recién un tratado de paz definitivo tras el triunfo de Chile en la Guerra del Pacífico.

Los ataques a la poderosa figura de Montt volvieron y, el 22 de agosto de 1968, es acusado constitucionalmente por lenidad en el cumplimiento de sus obligaciones y por infracción a las leyes, libelo que no prosperó en ninguno de sus capítulos. “Según Varas, la denuncia iniciada por el diputado Sanfuentes no surgía de un legítimo celo por la justicia, sino del odio, de la venganza y las ambiciones frustradas de ciertos sectores políticos y sociales” (p. 408).

En adelante, y hasta el año 1876, mantuvo un retiro autoimpuesto de la política, dedicándose, principalmente, a la actividad agrícola, la que disfrutaba.

El año 1876, en medio de una grave crisis económica que atravesaba el país, vuelve al Senado. El otro gran telón de fondo, eran las tensiones Iglesia-Estado, que afectaban a la sociedad en diversas dimensiones.

Hacia fines de la década se producían frustradas negociaciones limítrofes con Argentina, y estaba la Guerra del Pacífico a la vuelta de la esquina.

El Gobierno chileno ocultaba el conocimiento del acuerdo de defensa mutua entre Perú y Bolivia y Montt lo interpeló a decir la verdad al respecto, no para hacer cargo en su contra sino que para “sacar de estos hechos una lección provechosa para el porvenir y sentar un precedente que hiciese a la administración más diligente en lo sucesivo” (pp. 453 y 454).

En los últimos años de su vida, tuvo frecuentes intercambios epistolares con militares y destacados juristas del país.

Su salud fue decayendo paulatinamente, pero no abandonaba, salvo prescripción médica, sus labores, esto pese a la recomendación de su amigo Jovino Novoa.

Consagró los últimos años de su vida al servicio público. Sarmiento (presidente argentino), lo llamó “el único hombre de gobierno que haya fundado un Estado en América” (El Mercurio de Valparaíso, 22 de septiembre de 1880, citado en la página 465).

El libro culmina más allá de la partida de Montt de este mundo y de su multitudinario y sentido funeral, porque también describe un latamente preparado homenaje a su figura y a



Antonio Varas, de principios del siglo pasado, así como el legado que proyecta.

Recomendación: leer historia es un acto que permite mirar hacia el pasado para entender el presente y, si le prestamos más atención, proyectar el futuro con bases firmes. Esta idea es válida en los itinerarios individuales, para nuestra mera historicidad, pero lo es, con letras mayúsculas, respecto de la historia de un país y, quizás con más fuerza, respecto de una novel república.

Prieto, Bulnes y Montt, se pueden decir rápido y fácil, así como también se puede hablar, de manera global, de los gobiernos de los decenios o los decenios conservadores pero, qué duda cabe, hay destacadas diferencias en cada etapa del periodo que va desde 1831 a 1861.

Se pueden efectuar varias consideraciones positivas para animarlo a que se sumerja en la lectura en esta obra de 515 páginas, partiendo por el hecho de que está muy bien escrita. Sin dejar de lado las siempre enriquecedoras citas de cartas de la época, y respetando plenamente el contexto en que se desarrolló esta narración, que comienza un par de generaciones antes del nacimiento de Manuel Montt, y culmina con notas sobre la proyección de su figura es, al mismo tiempo, explicada en términos plenamente comprensible para quienes transitamos la tercera década del siglo XXI.

Otra virtud por la que destaca Yo, Montt es el justo equilibrio entre la exposición del hombre público (prohombre, forjador de la república), y el marido, el padre de familia y el amigo, esa humanidad que emergía en su rol de estadista cuando el hombre-ley sabía perdonar ataques pasados para construir un mejor país para todos.

Finalmente, y sin siquiera pretender agotar la descripción de las bondades de este éxito literario nacional, la encarnación del mérito en un actor de primer orden, tiene un efecto benéfico para cualquier sociedad y, el ejemplo de un petorquino que se elevaba a la primera magistratura del país, apunta de su esfuerzo personal y capacidad intelectual, está en esta categoría.

Al culminar el examen de grado de Arturo Prat, Manuel Montt lo felicitó personalmente y le manifestó: “No es fácil lo que usted ha logrado, capitán, sin duda otros seguirán su ejemplo, en este oficio o en otros” (p. 448). Hoy podríamos decir que, el haber sido profesor, empleado público, abogado, ministro, miembro del Congreso, Presidente de la República y de la Corte Suprema, impulsor del desarrollo ferroviario, de la instrucción primaria y de tantas obras que forjaron el progreso del país y, quizás lo más importante, de la norma fundamental que regula las relaciones intersubjetivas en el ámbito del derecho



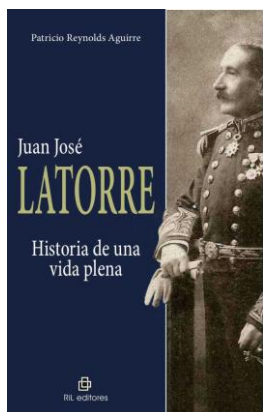
privado en Chile, el Código Civil (ley que fue promulgada y comenzó su vigencia bajo su presidencia), no fue fácil para el Presidente Manuel Montt. Su huella en

la historia patria es un ejemplo de servicio público, un faro para las futuras generaciones.





Juan José Latorre. Historia de una vida plena



Fuente: Patricio Reynolds Aguirre. Ril editores, 2018.

Resumen: el libro comienza describiendo las circunstancias en que nace y se forma Juan José Francisco Latorre Benavente, así como una breve referencia a su ascendencia.

Inmediatamente se aborda el inicio de un vínculo trascendental en su vida, a saber, su ingreso a la Escuela Naval, “un cambio drástico” (p.16).

“El 15 de julio de 1861, luego de poco más de 3 años de estudios y prácticas navales, recibe los despachos de guardiamarina, sin examinar, egresando de la Escuela Naval” (pp. 17 y 18).

En el año 1863 es destinado al vapor Maipo, y en septiembre del año siguiente fue trasbordado nuevamente a la corbeta Esmeralda, ocasión en que se embarcó al

representante chileno ante el Congreso Americano: Manuel Montt.

En Papudo y Abtao se produce su bautismo de fuego.

El 26 de noviembre de 1865 la Esmeralda avista la Convadonga. Se enfrentaron “dos buques que más tarde escribirían, bajo nuestra bandera, las páginas más gloriosas de la historia naval chilena” (p. 24).

En marzo del año 1867 Latorre es trasbordado al vapor Arauco y, un año después, a la goleta Covadonga.

“En abril de 1871 es trasbordado a la corbeta O’Higgins para desempeñarse como segundo comandante y oficial Detall” (p. 30).

En diciembre del año 1873 es nombrado comandante del Toltén.

“En enero de 1876 el capitán Juan José Latorre es nombrado comandante de la cañonera Magallanes” (p. 34), buque en el que, entre otras labores, se realizan investigaciones hidrográficas, las que se ven interrumpidas el 13 de noviembre del año 1877, por el auxilio al gobernador de Punta Arenas, ciudad que había sufrido un motín.



A continuación está el capítulo dedicado a la participación de Latorre en la Guerra del Pacífico.

El comandante Latorre tiene un desigual combate, el Combate naval de Chipana. “La ciudadanía comprende que lo realizado por el comandante Latorre y su tripulación es una muestra de valentía y pericia marineras extraordinarias” (p. 45).

Al poco tiempo se producen los célebres Combates navales de Iquique y de Punta Gruesa.

Latorre tendría, después, la oportunidad de enfrentar a Grau. La Magallanes contra el monitor Huáscar, teniendo la destreza para salir airoso.

“Falta solamente la decisión del gobierno de darle el mando de un buque que le permita entregar a su país el domino del mar. Todavía tendrá que esperar” (p.55).

En el intertanto, “las correrías de Grau continúan en su infatigable acecho a caletas y puertos chilenos” (p. 58).

Una vez que el Comandante Latorre toma el mando del blindado Cochrane, comienza a tener la ventaja de su lado, condición suficiente para vencer al Contralmirante Grau, paso necesario para el dominio del mar, “el cual abriría, a su vez, las puertas a la ocupación del territorio enemigo (p. 59).

La ocasión fue el Combate naval de Angamos. El país entero celebró esta victoria y, en 31 de octubre de 1879, Latorre es ascendido a capitán de navío.

Al dominio del mar siguió el fin de la escuadra peruana, lo que se concretaría a los pocos días del triunfo chileno en la batalla de Chorrillos.

“Al amanecer del 17 de enero la Unión y el monitor Atahualpa abandonan el puerto del Callao a toda máquina, la primera para ser varada e incendiada y el segundo, incendiado y hundido. La misma suerte sufren los transportes Rímac, Chalaco, Talismán, Limeña y Oroya. Es el fin del ya muy precario poder naval peruano” (p. 92).

Este joven capitán de navío (de 35 años), se casa con Julia María del Carmen Moreno Zuleta (de 19 años), con quien tendría 5 hijos.

Latorre fue comisionado por el presidente Santa María para estudiar la forma de modernizar el blindado Blanco Encalada (1884), lo que unido a su posterior estancia en Inglaterra por dos años, le dio gran conocimiento “acerca de la construcción de buques de guerra y de los sistemas de navegación utilizados en las marinas europeas” (p. 101).

En el año 1887, el presidente Balmaceda “lo designa como jefe de la Comisión Naval en Europa” (p. 102).



Mientras realiza su labor supervisando la construcción de blindados y cruceros para la Armada de Chile, la revolución estalló en Chile.

Latorre debe mantenerse en Francia porque, de lo contrario, sería juzgado en Chile y, además, fue expulsado de la Marina.

Las circunstancias cambian con relativa rapidez y, en 1894, es electo senador.

En agosto del año 1897, se le concede pensión en atención a su grado al momento de ser destituido de la Marina.

Su carrera política continuó, primero como Consejero de Estado, y luego como ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización, cargo que ejerció por 8 meses, en que encabezó importantes negociaciones limítrofes con la república Argentina.

Entre los años 1900 y 1906, ejerció, por segunda, vez como senador.

Finalmente, la obra dedica un capítulo al ocaso de la vida del héroe, así como a los multitudinarios y sentidos homenajes que se realizan a propósito de su cortejo y ceremonia fúnebres.

Recomendación: por supuesto la figura de Latorre ha pasado con letras doradas a la historia de Chile, por sus múltiples aportes al país, en especial, en el marco de su labor como marino, siendo parte del

“Curso de los Héroes”, generación que ingresó a la Escuela Naval en 1958, protagonistas de la Guerra del Pacífico que, entre otros, estaba integrada por Arturo Prat, Carlos Condell, Luis Uribe y Jorge Montt.

No obstante lo anterior, las nuevas generaciones no están tan familiarizadas con Juan José Latorre y, dadas su virtudes puestas al servicio de la Patria, es más que aconsejable que lo conozcan bien y, por supuesto, admiren la huella indeleble que ha dejado en nuestra historia. Esta obra es, a todas luces, una herramienta útil a este propósito y, en general, para todo quien busque ahondar en una época en que el país se posicionó como un actor relevante en el Pacífico Sur.